

'Give peace a chance'

MIGUEL ARANGUREN ESCRITOR

En las manifestaciones contra la ocupación de Irak que parchetean nuestro país desde hace meses se corea con afectada prodigalidad el himno que compusiera John Lennon en 1969, y que no es tanto un canto a la paz soñada como una justificación de su acático vacío, en el que todo vale con tal de que no te lo impongan. Supongo que, de estar aún vivo, el cantante de The Beatles sentiría cierto sonrojo al escuchar en boca de tantos hijos de la más acomodada sociedad del bienestar su himno a la nada, además de un gran cabreo porque, al parecer, ese corear público no lleva consigo ninguna rendición de derechos de autor.

La paz es una palabra que parece acomodarse en todas las bocas. Tanto en las del bando aliado como en las del iraquí. Tanto en las de los que gobiernan como en las de quienes cortan el tráfico, lanzan huevos, ladrillos y tildan gratuitamente de asesinos a los que osan cruzar el umbral de una sede del PP. A fin de cuentas, alzar la bandera de la paz sin más no es un ejercicio comprometido, pues también la enarbolan los fanáticos de ETA, incluso con sangre aún caliente en las manos. Y aunque pudiera parecer que la paz ha perdido significado, al igual que la cantinela de Lennon, nada hay más cierto que la urgente necesidad que tenemos de ella.

Sería inútil negar que la movilización social ante la ocupación aliada de Irak tiene cosas positivas. Son muchas: desde el estudiante de universidad al ama de casa se han visto motivados a abandonar sus quehaceres diarios para sumar su grito en contra de las bombas. Esta paz publicitaria (tan bien gestionada por el mundo de la cultura) ha provocado un miedo milenarista en Occidente, al igual que ocurriese en la guerra del 91. A fuerza de transmisiones en directo de las terribles explosiones que asolan Badag, nos hemos convencido de que vivimos en un mundo globalizado, en el que el aleteo de los manifestantes de una aldea de Castilla puede provocar un vendaval en el despacho del presidente Bush.

Pero, ¿sobre qué se asienta esa paz que coreamos al ritmo del 'beatle'? ¿Forma parte de nuestra vida? Porque la paz no es para gritarla, sino para vivirla. Se me cae el alma a los pies –aunque no me depara ninguna sorpresa– ante el desenlace vio-



JESÚS FERRERO

lento de las manifestaciones en contra de la guerra. Mucha paloma de Picasso (que, por cierto, también tiene sus royalties), mucho 'Give peace a chance', para terminar bajo las porras de los antidisturbios. Incluso hay quien ha tomado esta justa reivindicación como un pulso al Gobierno, una guerra de guerrillas cuya estrategia se basa en el boicot, el insulto y el tomatazo. Por esta razón, los políticos no convencen a los ciudadanos de buena fe: utilizar el horror de la guerra como rédito electoral resulta tan patético como creer que uno tiene legitimidad para invadir un país a golpe de misil.

Estos días de guerra –terrible guerra– al menos nos brindan la ocasión de interrogarnos sobre nuestro compromiso personal con la paz. Basta responder algunas preguntas: ¿considero que tengo razones para no hablarme con algún familiar? ¿soy de los que envenena el ambiente criticando a diestra y siniestra? ¿son mis opciones ideológicas y políticas las únicas que pueden esgrimirse? ¿justifico a quienes utilizan la violencia verbal, e incluso física, a favor de mis teorías? ¿desconfío de los demás por naturaleza? ¿murmuro, calumnio, miento...? Aunque podría seguir, con este puñado de cuestiones podemos darnos cuenta de si contribuimos realmente en la construcción de un mundo asentado sobre la paz, dejando de lado los eslóganes baratos (John Lennon me perdona). Lo demás, pura retórica, aunque sea sincero nuestro deseo de que, cuanto antes, callen para siempre los disparos.

www.miguelaranguren.com

CARTAS AL DIRECTOR

Fuerza bruta

En EE UU, el 11 de septiembre, unos terroristas acababan con las Torres Gemelas y (lo que es más importante) con la vida de 3.500 personas aproximadamente. Trágico. Nos machacan insistentemente con un terrorismo (que no sólo ellos padecen y que deciden erradicar con su Operación libertad iraquí), con unas oscuras conexiones con Al-Qaida y con una serie de bombas nucleares (como las de Hiroshima y Nagasaki), químicas y biológicas que los inspectores de la ONU no encontraron. Pero ya es tarde, el 'pueblo soberano' ha decidido que, antes de que le ataquen de nuevo, actuará él como medida preventiva.

Es casi seguro que se produzcan tantos muertos y unas consecuencias y secuelas peores que en EE UU, pero no son yanquis. Conclusión: la fuerza bruta destruye. El terrorismo sigue. ¿Habrás aprendido algo Aznar o, en vez de reunirse con George Bush y Tony Blair para derrocar a Sadam Hussein, los países árabes o China, lo hará en Azores con su 'panda' y nos vendrán todos a Euskadi? Todo sea por la 'justicia infinita', la 'libertad duradera' y la guerra, que, según ellos, justifica todo.

V. Arana
Leioa-Vizcaya

Muerte marrón

En España estamos padeciendo también otra guerra. Una guerra aún más inhumana y rastrea, promovida no sólo por Bush y Aznar, sino hasta, con su mismo ejemplo, incluso por el dirigente de CC OO, José María Fidalgo, incluso en el momento en que se está manifestando contra la otra guerra. Una guerra que está matando, aquí en España, y cada día, a muchos más de los que la otra guerra está asesinando en Irak (si los datos que nos dejan llegar tienen algún parecido con la realidad).

Entre sus víctimas se cuenta ya también Terenci Moix, uno de los más elocuentes denunciantes de la esclavitud a la que somete esa maldición bíblica, esa peste marrón que ha acabado matándole a él mismo, el tabaco. Y, a pesar de todo, los traficantes de la muerte marrón, las tabacaleras, no sólo siguen vendiendo e incluso propagando impunemente, gracias a la complicidad de políticos como los precitados, su droga adictiva y letal, sino que

Las cartas no deberán superar las quince líneas mecanografiadas (800 caracteres) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, dirección y número de teléfono del remitente. EL CORREO se reserva el derecho a extractarlas.

Dirección de correo electrónico:
cartas.ec@diario-elcorreoes

son muy pocos los que, ya sea por sus conocimientos profesionales o por haber perdido un ser querido –o ambas cosas, como en mi caso– nos manifestamos también contra esa otra trágica guerra y vergüenza del género humano.

Martín Sagrera
Madrid

Me sobran

Me sobran los nacionalismos. Porque, entre otras cosas, se puede estar a favor del euskera, escolarizando a tus hijos e hijas libre y voluntariamente en el modelo D de educación, y además condenar los prejuicios y el rechazo lingüístico que han llevado al cierre de 'Egunkaria' sin tener que ser nacionalista vasco. Y al tiempo, condenar la situación de miedo a la que somete el conglomerado ultra y miserable de ETA, y dar el más rotundo apoyo a los que tienen sentenciados a muerte, por sus simpatías e ideas políticas, como es el caso del viejo luchador antifascista y antifranquista Agustín Ibarrola, sin tener que ser nacionalista español.

Manu B. Rodríguez
Basauri-Vizcaya

Desilusión

El pasado día 13 de marzo acudí a ver el espectáculo que ofrecían en el Euskalduna, 'Todo por que rías', a cargo de Les Luthiers. Fui por las excepcionales críticas que había leído y por las buenas referencias de gente cercana sobre la obra. Pero cuál fue mi desilusión al oír que ciertos diálogos o canciones hacían referencia a los eternos y burdos chistes machistas e insensibles, como la agresión a las mujeres y la violación (la protagonista –una persona ciega– de una telenovela ficticia era violada por un tío de ella, por lo que estaba desconsolada. La canción terminaba diciendo algo así como: «No estés triste, la próxima vez ya te violará uno más guapo»).

No hubo ni rastro de una supuesta trayectoria de humor inteligente. Señores, estas pseudogracias responden a un cociente intelectual muy pobre. Más educación, por favor.

Elena Martínez Serrano
Bilbao



MARGARITA RIVIÈRE

Cuando la calle habla

La sociedad, ese conjunto de personas –cada una con su problema y esperanza a cuestas– que convivimos en un mismo momento histórico, está dejando de ser una masa amorfa y silenciosa. Quizás algún día se califique este período como aquél en el que se volvió a oír una voz colectiva que llegaba directamente desde la calle. Hacía mucho que la gente, como conjunto de voluntades y de deseos, callaba. Esa voz de ahora es el testimonio de que la sociedad existe y es muy posible que eso sólo se produzca cuando un grupo muy amplio de gente comparte problemas y anhelos comunes.

El mensaje hoy es muy claro: cuando la gente quiere paz es que, mucho más allá de la televisión, la guerra, el desvarío, se palpa. Cuando ese deseo de convivencia se expresa

públicamente con la constancia y la amplitud que ha alcanzado el fenómeno en el mundo entero es que esa masa amorfa y habitualmente silenciosa que es la sociedad ha colmado todos sus silencios y ha vencido todas sus dudas.

La presencia en la calle es, pues, una presencia activa que advierte a todos los que deciden de que hay que contar con los que habitualmente callan, aceptan, asumen y pagan impuestos. Por esto mismo, cabe hablar de un importante resurgir democrático en el que hay que incluir a las generaciones más jóvenes, ésas, precisamente, a las que se calificaba de 'pasotas', indiferentes, apáticas y desmotivadas. Un gran cambio, por tanto: la gente se siente protagonista de la historia.

Deberíamos estar, pues, satisfechos si no fuera porque,

al analizar los porqués de esa salida a flote, no fuera tan fácil concluir que este tipo de acontecimientos, este despertar democrático tan masivo, no se producen más que cuando las cosas no van nada bien. Hay una acumulación de despropósitos, aquí mismo y en el mundo, que son los que han causado la manifiesta constatación de que no es posible callar sin riesgos serios. Y esa gente, en todas partes, sabe muy bien a lo que se refiere: la guerra de Irak es sólo una metáfora de un 'estado de guerra' social de todos contra todos cuya veda parece, lamentablemente, abierta. La paz, por tanto, es algo muy concreto: el esfuerzo por un estado de convivencia, pese a las dificultades cotidianas.

La sociedad vuelve a existir, pues, para recordarnos el único camino posible.

ANTÓN

